



Los excesos de la razón: hacia la recuperación de las emociones en el concepto del ser humano

Juan José Burgos Acosta*
Universidad La Gran Colombia
Bogotá - Colombia

Para citar este artículo: Burgos Acosta, Juan José. «Los excesos de la razón: hacia la recuperación de las emociones en el concepto del ser humano». *Franciscanum* 164, Vol. LVII (2015): 97-123.

Resumen

El artículo hace una crítica a la visión del hombre que ha sido heredada especialmente desde la modernidad, en la cual se define desde la razón, como el instrumento fundamental a través del cual se ha configurado un modelo de sociedad, de desarrollo y de cultura, desconociendo la dimensión emocional como constitutiva en la conducta humana. En ese sentido recupera los desarrollos realizados sobre el cerebro, especialmente desde las ciencias biológicas, que articulados a las nuevas teorías sobre el lenguaje y los aportes de la antropología filosófica, inauguran un nuevo paradigma para el estudio de la condición humana que, al mismo tiempo, desmitifica la razón otorgándole su justa proporción, el objetivismo y la cultura patriarcal,

.....

* Doctor en Educación de la Universidad Santo Tomás. Doctor honoris causa en Filosofía de la Educación otorgado por el Consejo Iberoamericano. Magíster en Educación Universidad Javeriana. Magíster en Estudios Políticos Universidad Javeriana. Licenciado en Teología, Universidad Javeriana. Licenciado en Filosofía Universidad Santo Tomás. Grupo de Investigación Ciencia y Espiritualidad de la USTA. Docente investigador de la Universidad La Gran Colombia, Docente Universidad de La Salle y Universidad Pedagógica Nacional. Contacto: chasjba14@yahoo.es

como lineamientos impuestos por las sociedades hegemónicas, especialmente en los últimos doscientos años. Esto permite reconocer que en la compleja reorganización global las emociones han emergido a través de profundos sentimientos a través de los cuales los pueblos reclaman sus derechos y los poderosos se preparan con nuevas estrategias para afrontar posibles nuevas amenazas que antes no existían.

Palabras clave

Razón, emociones, inteligencia emocional, reconocimiento del otro.

The excesses of Reason: towards the emotions recovery in the concept of human being

Abstract

The article makes a criticism to the vision of the human being that has been inherited from the modernity specially, in which the reason is defined like the essential tool through which a society model of culture and progress is configured, by disclaiming the emotional dimension like a part of human behavior. In this regard, it recovers the progresses made about the brain, especially from the biological sciences when articulated to new theories about language and the contributions of philosophical anthropology, open up a new paradigm for the study of the human condition that at the same time, demystifies the reason, objectivism and patriarchal culture as guidelines imposed by the hegemonic societies, specially in the last two hundred years. This allows recognizing that inside the global and complex worldwide reorganization, the emotions have emerged through deep feelings by means of which people claim their rights and the powerful ones get ready with new strategies to face possible new threats that did not exist.

Keywords

Reason, emotions, emotional Intelligence, recognition of another.



Introducción

Quizás uno de los aportes de la sociedad del conocimiento sea la posibilidad de estudiar la condición humana desde miradas más interdisciplinarias, una de ellas es precisamente la dimensión emocional, aspecto olvidado durante muchos siglos por considerarla «estorbo», «oscura», «difusa» o incluso «patológica» para el desarrollo de un pensamiento razonable. Incorporar las emociones a los debates sobre los problemas políticos, económicos y culturales, no constituye un «esnobismo» filosófico que aparece como una especie de moda posmoderna para difundir, sino que hace parte fundamental de la estructura social, y en ese sentido, obviarla es negar la misma esencia de lo humano y sus incidencias en la movilización de discursos para entender y transformar las culturas.

Para responder a lo anterior en este artículo se abordan los siguientes momentos. En primer lugar, se asumen algunas posturas sobre los rasgos fundacionales de la creación del hombre occidental que permiten establecer patrones comunes que han llevado a la mitificación de la razón como única característica humana. En un segundo momento, se da paso al abordaje teórico y científico que permite la legitimación de las emociones en la configuración de relaciones humanas, como condición esencial para el estudio del ser humano en las sociedades actuales. Se abre la puerta, de ese modo, para plantear, como tercer aspecto, la importancia de la inteligencia emocional como estrategia de intervención y comprensión de los fenómenos globales en su complejidad actual. Y, finalmente, se proponen algunas conclusiones que pueden servir de orientación para enriquecer el debate.

1. El mito de la razón como característica de la fundación del hombre occidental

Establecer un punto cero en la historia de la occidentalización de los pueblos, no es nada fácil, dado que existen multicausalidades que

provocan puntos de quiebre y reconfiguran las relaciones sociales. Sin embargo, se pueden tener en cuenta algunos móviles que fueron «gatilladores» en ese proceso.

El concepto del «hombre occidental» constituye un debate que más tarde que temprano ha llevado a sumergirse en las raíces de las distintas cosmovisiones que se han sembrado en las culturas, logrando una especie de ensamblaje, entre aquellas tradiciones heredadas ancestrales de los pueblos –por ejemplo el caso de América Latina y África– y elementos indoeuropeos y norteamericanos que, a su turno, han devenido en una serie de configuraciones sociales específicas, que marcan en todo caso diferencias importantes con culturas más lejanas cuya historia ha sido diferente. Téngase en cuenta, por ejemplo, el caso de países como Bután, cuyo paradigma de desarrollo y calidad de vida marca diferencias sustanciales con la mayoría de las naciones occidentalizadas.

Este fenómeno tiene relevancia dependiendo de los lentes con los que se le quiera ver. Dussel¹, por ejemplo, sitúa el problema desde una de sus principales tesis, que en la mayoría de sus escritos defiende, y es el hecho de que el asunto de la occidentalización no es tan importante como la necesidad de comprender cuáles son sus raíces; es decir, aquello que permite develar históricamente las razones que llevaron al mundo a lo que él denomina un eurocentrismo. De acuerdo con ello, la historia no comienza hace 200 años con la ilustración, la revolución francesa o los inventos que aceleraron la industria y la tecnología en su momento. Para este filósofo argentino hay cuatro grandes civilizaciones que determinan la historia del planeta y que se inician hacia el año 6000 mil antes de la era cristiana o era común, como la denomina: Mesopotamia, India, China y Egipto, que posteriormente serán subsumidas por Europa, la cual se convierte en el «centro del mundo»; y mientras las culturas milenarias, como por ejemplo China, conquistó y aún lo sigue haciendo, el mundo

1 Cf. Enrique Dussel, *Hacia los orígenes de Occidente. Meditaciones semitas* (México: San Pablo, 2012).

a través de los mercados y la tecnología, Europa y luego Estados Unidos lo hicieron a sangre y fuego, situando la barbarie más hacia la apropiación de territorios.

Bonaventura de Souza², por su parte, ubica el debate de occidente como un problema fundamentalmente epistemológico que, dicho sea de paso, jamás deja huérfano de sus consecuencias sociales, políticas, económicas y de identidad de los pueblos. El «epistemicidio» es la tragedia producida por las poderosas culturas modernas capitalistas que impusieron una sola forma de cognición, desconociendo la variedad y riqueza de conocimientos que son los que finalmente configuran las prácticas sociales que las comunidades construyen en su devenir cotidiano. En ese sentido, lo que él llama las epistemologías del Sur son el intento por rescatar la urdimbre cultural que se revela en la variedad de culturas que conviven desde otras cosmovisiones, desde otros relatos, desde otras experiencias heredadas, que para la razón eurocéntrica siguen siendo consideradas bárbaras y acientíficas.

Echeverría³, no es ajeno al debate. Para este filósofo chileno, perteneciente a la escuela de Santiago, la occidentalización comenzó en Grecia con el apareamiento del alfabeto hacia el año 700 a.C., cuando las historias orales fueron cambiadas por los discursos racionales que dieron origen a la filosofía. Durante mucho tiempo los grandes educadores de las generaciones fueron los poetas y los sabios, quienes narraban historias de héroes que encarnaban acciones que se consideraban buenas o malas, justas e injustas según las costumbres heredadas de antaño. En ese sentido, según el autor en mención, se podía saber a través de un personaje como Aquiles⁴, por ejemplo, qué era la justicia, la bondad o el amor. Con la aparición del alfabeto surge también el lenguaje de las ideas, es decir, el uso de la razón para construir un lenguaje basado en la reflexión, y ello se traduce en lo que marcará una de las rutas más importan-

2 Cf. Bonaventura De Sousa, *Descolonizar el saber* (Montevideo: Ediciones Trilce, 2010).

3 Cf. Rafael Echeverría, *Ontología del lenguaje* (Santiago: Dolmen, 1996).

4 Cf. Homero, *La Iliada* (Madrid: El Libertador, 1987), Canto I, 7.

tes del camino hacia la occidentalización: la construcción de los argumentos que se traducen en tratados sobre, por ejemplo, qué es el Amor⁵ (Platón), qué es la Justicia⁶ (Aristóteles), etc. De acuerdo con ello, ya no se necesitaba de un gran personaje para conocer sus acciones representativas y ejemplarizantes, sino que a través de la posibilidad de saber cuál es el ser de las cosas, su esencia, su lógica y sus primeros principios, se abría la puerta hacia un conocimiento «certero» que ofrece todas las garantías de «verdad», propósito que, en últimas, los seres humanos siempre pretendieron. Esta mirada sobre la concepción de lo que en el momento se consideró como «verdad», la plantea el filósofo griego Parménides, uno de los primeros representantes de la metafísica, nacido en la ciudad de Elea hacia el año 535 a.C., quien en un escrito denominado *el poema sobre la naturaleza* expone dos caminos para llegar al ser de las cosas: uno que es la *Doxa* (opinión), equivocado de por sí. Y el otro que es la Verdad, el sendero que conduce a descubrir cuál es la esencia real de las cosas del mundo.

Intentando lograr dilucidar coincidencias entre los autores mencionados, al menos en un primer momento, podemos arriesgarnos a establecer una que es básica para el propósito general de esta reflexión: todo aquello que está fuera de las lógicas de «ciertas verdades» puede ser considerado como enemigo y, en razón a ello, se justifica perfectamente su destrucción o exclusión. Ahora bien, de hecho estos pensadores anteriores han optado por caminos distintos para explicar los móviles de lo que aquí se está denominando el proceso de occidentalización del ser humano, no obstante coinciden en algo fundamental y es el hecho de que la razón se constituyó como el principal instrumento para pensar el mundo y configurar relaciones sociales, políticas, económicas y culturales.

En ese orden de ideas, el mito de la razón como la única dimensión de la condición humana que permite explicar el mundo, se vino

5 Cf. M. Martínez y E. Lledó, *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro* (Madrid: Gredos, 1988).

6 Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco* (Madrid: Gredos, 1999).

imponiendo como el paradigma reinante que determina qué es la verdad, qué es la ciencia y qué es el conocimiento. La razón, tal como lo declara Kant en 1784, ha permitido que el hombre llegue al punto más grande de su madurez, que es precisamente la ilustración. El hombre libre es aquel capaz de pensar por sí mismo y de crear mundos deseados, sin depender de los otros. Así lo declara el filósofo alemán:

La Ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. Él mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. ¡*Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración⁷.

El triunfalismo de la razón como dimensión reinante para explicar el mundo y configurar las relaciones humanas crea los grandes relatos con pretensiones universales como respuesta a los desafíos sociales y culturales y la forma como fueron concebidos en la modernidad. El mismo Kant sostiene la idea de una ética universal formal a través de la categoría «imperativo categórico», es decir, no interesa cuáles van a ser las consecuencias de las acciones, lo que importa es cumplir el deber desde los parámetros que me impone la formalidad de la razón, la cual no es de carácter discutible, sino de cumplimiento.

El marxismo, por su parte, se constituye en una tesis universal basada en la concepción de una historia lineal, que viene evolucionando de menos a más. Como lo explica Strauss y Cropsey⁸, Marx creía que cuando, por último, la burguesía hubiese sido reducida, en su mayor parte al proletariado por la terrible competencia y cuando al proletariado se le hubiese reducido a la más brutal pobreza por las leyes de la acumulación y la ganancia, entonces ocurriría el levantamiento y la humanidad llegaría al umbral de la historia. De esta forma la lógica lineal de la historia establece un determinis-

7 Immanuel Kant, *La paz perpetua* (México: Biblioteca Virtual Universal, 1986), 58.

8 Leo Strauss y Joseph Cropsey, *Historia de la filosofía política* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 772.

mo histórico que se cumple por etapas y que no tiene reversa; y se constituirá finalmente en el equilibrio permanente en beneficio del proletariado, después de haber superado el capitalismo.

El curso normal del desarrollo social es el feudalismo, el capitalismo y el socialismo, con unas formas de organización política adecuada a cada una de esas etapas. La revolución francesa liberó a la clase media de la explotación por las antiguas clases, pero la mantuvo a ella misma como clase explotadora. El proletariado asalariado es un producto inevitable del capitalismo que surge *pari passu* con la burguesía. El triunfo de la revolución burguesa abre el camino para la más completa revolución proletaria que, en definitiva, suprimirá a la nueva clase explotadora. Pero el paso final completará el proceso, aboliendo totalmente las clases y la explotación⁹.

El positivismo, impulsado por Comte¹⁰, asume la historia como la manifestación de tres grandes momentos que, al igual que Marx, han venido evolucionando gracias al progreso: el estadio teológico-religioso, que ha pasado, al mismo tiempo por una serie de momentos evolutivos: el más inmediato lo constituye el fetichismo, que consiste en atribuir a los cuerpos exteriores una vida análoga a la de los humanos; su máxima expresión es la adoración a los astros. El politeísmo, que es la creación de seres imaginarios (dioses), quienes supuestamente dirigen los destinos del mundo y que se manifiesta en aquellas culturas menos evolucionadas, que aún, según el filósofo, persisten en el mundo moderno. La humanidad llega a un tercer momento que es el monoteísmo, otra forma de irracionalidad que pone en decadencia a la filosofía.

El estadio metafísico en cierta forma es una extensión del teológico, por cuanto intenta explicar la naturaleza de todos los seres, sus primeras causas, deteniéndose más en la argumentación que en la observación de los fenómenos concretos y reales que, en últimas, son los que continuamente están afectando la vida de los seres humanos. A esta tarea se han dedicado los filósofos críticos de una teología que terminó degenerando en una metafísica abstracta y especulativa sin ningún fundamento en la vida real.

9 George Sabine, *Historia de la teoría política* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), 569.

10 Cf. Augusto Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo* (Bogotá: El Búho, 1987).

Y, finalmente, el momento culmen de la humanidad: el estadio positivo, en el cual toda explicación la produce la ciencia que controla, mide, predice y prueba. La ciencia es la nueva diosa que resolverá las grandes preguntas que la humanidad no ha podido solucionar ni con las religiones, ni con la metafísica. Ahora el *espíritu positivo*, nombre que le otorga a uno de sus más importantes discursos, será el derrotero de toda la civilización occidental y la base para el estímulo científico y al mismo tiempo el nuevo paradigma de reorganización de la sociedad, la economía, la política y la cultura.

Ahora bien, considerando el destino constante de estas leyes, se puede decir sin ninguna exageración que la verdadera ciencia, lejos de estar formada de simples observaciones, tiende siempre a dispensar, en lo posible, de la exploración directa, sustituyendo esta por esa previsión racional que constituye, en todos los aspectos, el carácter principal del espíritu positivo, como nos lo hará ver claramente el conjunto de los estudios astronómicos. Tal previsión, consecuencia necesaria de las relaciones constantes descubiertas entre los fenómenos, no permitirá jamás confundir la ciencia real con esa vana erudición que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducir unos de otros¹¹.

Pero quizá una de las manifestaciones de los grandes relatos racionalistas que más cobra relevancia y en donde finalmente se han visto los impactos sociales sea precisamente la máxima expresión del liberalismo económico: el capitalismo. A nuestro juicio una de las mejores expresiones enunciada en los años 90 del siglo XX, la expresa Fukuyama¹² en su publicación, escrito que a nivel internacional levantó toda suerte de comentarios y críticas por considerarse, para muchos grupos de intelectuales y organizaciones sociales y políticas, un manera de declarar que el único modelo que había triunfado era precisamente el capitalismo, como una razón universal con suficiente justificación para organizar el mundo, dada precisamente por el fracaso del comunismo y, con ello, todas las formas alternativas a las economías y políticas liberales.

11 *Ibid.*, 31.

12 Cf. Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

Las anteriores consideraciones son manifestaciones del debilitamiento de los grandes relatos racionalistas que en algún momento de la historia, marcaron las supuestas rutas seguras hacia donde debía ir la humanidad, pero a su turno fueron quebrándose para dar paso a otras formas de concebir, no solo la historia, sino precisamente la asignación de sentido que la vida humana reviste, en sociedades cada vez más complejas y contradictorias, las cuales ya no creen en la llegada de promesas universales; lo que requiere que se articulen otras dimensiones para la comprensión de los seres humanos que sitúen el debate en campos más interdisciplinarios y localizados y, en esa perspectiva, le otorguen a la razón su justo lugar.

2. El hombre no es solamente razón. Legitimación de las emociones en la configuración de relaciones humanas

Ahora bien, frente al anterior panorama Touraine advierte que «el triunfo de la modernidad racionalista rechazó, olvidó o encerró en instituciones represivas todo aquello que parecía resistir al triunfo de la razón»¹³. Precisamente una de las dimensiones opacadas durante siglos fueron las emociones, como constituyentes básicas de las acciones humanas. La mayoría de las doctrinas que durante mucho tiempo negaron la importancia de las emociones fueron edificadas, especialmente después de la modernidad¹⁴, a partir del pensamiento del francés René Descartes, quien consideró de manera más radical¹⁵ la dualidad entre cuerpo y alma como dos sustancias distintas, ambas explicadas con modelos de análisis diferentes. En la sexta meditación

.....

13 Alain Touraine, *Crítica a la modernidad* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2000), 201.

14 Es claro que mucho antes, por ejemplo Platón, los estoicos y otra serie de doctrinas mantuvieron un concepto peyorativo sobre las emociones, en tanto la consideraron un pensamiento confuso que perturba la razón y la oscurece. La razón, en cambio ofrece seguridad, ciencia y conocimiento. El mismo Sócrates y Aristóteles definieron el hombre como un ser fundamentalmente racional. Cf. Cristina Casado y Ricardo Colomo, «Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la filosofía occidental», *A parte Rei. Revista de Filosofía* 47 (2006): 1-9, consultada en noviembre 25, 2014, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/casado47.pdf>.

15 Muchos de sus antecesores ya habían manifestado la dualidad entre cuerpo y alma, pero fue precisamente Descartes quien mostraría a través de un método sus alcances. Cf. Rene Descartes, *Discursos sobre el método* (Bogotá: Ediciones Universales, 1991).

aparece el principal argumento que emplea el filósofo y matemático para explicar dicha dualidad:

Aquello que podemos concebir con claridad y distinción como correspondiendo a una cosa le pertenece realmente, aquello que no se presenta con claridad y distinción no le pertenece realmente; tengo claridad y distinción de que nada pertenece a mi esencia excepto que soy una cosa pensante e inextensa; tengo una idea clara y distinta del cuerpo como una cosa extensa y no-pensante; conclusión: mi alma es absolutamente distinta de mi cuerpo y puede existir sin él¹⁶.

Gran parte de esta tradición será seguida entre otros por autores como Leibniz¹⁷, Hobbes¹⁸. Sin embargo, para ser justos con la historia respecto del abordaje de la dimensión emocional, es necesario reconocer que también, ya desde tiempos anteriores, algunos pensadores habían dado importancia a este componente humano, contrarrestando corrientes racionalistas empeñadas en negarlas. A lo largo del tiempo emergieron aquellas posiciones filosóficas que sostuvieron que las emociones¹⁹ tienen importancia para el estudio de la condición humana, las cuales, al lado de la razón, condicionan las acciones. En esta perspectiva se encuentran filósofos como Hume, que considera que «el origen y juego de las pasiones están sometidos a un mecanismo regular; y de esta manera son tan susceptibles de un análisis exacto, como lo son las leyes del movimiento»²⁰.

Antonio Damasio, neurocientífico, experto mundial en el estudio del cerebro humano y director del Instituto del cerebro y la creatividad de la Universidad de Southern California, ha escrito un libro sobre el filósofo Baruc Spinoza, para rescatar elementos sobre el estudio de las emociones, en donde declara:

Spinoza afirma que la vida transforma la emoción y el sentimiento en los medios para nutrirla, una hermosa mezcla de sabiduría y de previsión

.....

16 René Descartes, *Meditaciones metafísicas* (Medellín: Cometa de Papel, 1997), 61.

17 Cf. Gottfried Leibniz, *Discurso de metafísica* (Madrid: Alianza Editorial, 2013).

18 Cf. Thomas Hobbes, *Tratado sobre el hombre* (Madrid: Universidad Nacional, 2008).

19 En ocasiones los filósofos usan indistintamente el término emoción, sentimiento o pasión para referirse a lo mismo, lo cual depende del contexto en que surge el debate, especialmente cuando se refiere a las relaciones con la razón. Nota del autor, 2014.

20 David Hume, *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales* (Barcelona: Anthropos, 2004), 125.

científica (...) En otras palabras, Spinoza recomendaba que combatiéramos una emoción negativa con una emoción más poderosa pero positiva producida mediante el razonamiento y el esfuerzo intelectual²¹.

Pascal, por su parte, considera que aunque el ser humano es pensante, no puede desconocer las emociones como fuente de conocimiento, por cuanto «El hombre nació para pensar, pero los pensamientos puros, aquellos, que lo harían feliz si pudiera sostenerlos siempre, lo cansan y lo abaten. Le son necesarias pasiones que lo agiten y le hagan sentir en su corazón sus raíces tan vivas y tan profundas»²².

Lo que va mostrando la historia, según los desarrollos anteriores, es que al mismo tiempo que la razón se quiere imponer como el instrumento único para abordar los fenómenos, van emergiendo otras formas complementarias, gracias también a los nuevos descubrimientos que generan cambios paradigmáticos que repercuten en nuevas tendencias que contribuyen a comprender mejor el fenómeno de la condición humana y la configuración de relaciones sociales. No se quiere desconocer en ningún momento la importancia de la razón, lo que se está intentando cuestionar es precisamente su mitificación e instrumentalización que en ocasiones ha producido muerte, discriminación, guerras fratricidas y grandes conflictos que desmienten aquella afirmación de Kant, al sugerir que los seres humanos habíamos llegado a una supuesta madurez.

En ese orden de ideas recojamos al menos tres grandes cambios que abren el compás de posibilidades, para el debate contemporáneo, sobre el papel que juegan las emociones en las relaciones del hombre con la sociedad y su articulación con la razón.

Un primer cambio sustancial se puede encontrar en los aportes de grandes pensadores como Martin Buber y Emmanuel Levinas, cuyas contribuciones a la comprensión de lo humano son de alto significado. Buber en algunas de sus obras emplea como eje de reflexión la

21 Cf. Antonio Damasio, *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos* (Barcelona: Crítica, 2009), 18, 256.

22 Blaise Pascal, *Pensamientos* (Buenos Aires: Losada, 2003), 56.

categoría comunicación interpersonal, que bien puede extenderse a similares como: encuentro, relaciones, conversaciones, interlocución, diálogo, etc. Lo cierto es que recupera tres modos de relación en los seres humanos. El hombre que es capaz de hablar consigo mismo, con los otros y con la naturaleza (misterio de la misma vida). De acuerdo con ello, el tipo de comunicación que establezcamos con cualesquiera de esas dimensiones determina lo que podemos llegar a ser. Bucear allí permite descubrir lo que hemos construido: sueños o fracasos, aciertos o desaciertos respecto del mundo que nos rodea. Es decir, desde esa triada se le asigna sentido a la vida misma.

Levinas, por su parte, desarrolla una categoría fundamental que está en sintonía con los planteamientos de Buber, la denomina «el rostro», que también aparece en la mayoría de sus publicaciones. El otro no surge como un concepto meramente filosófico, sino como una dimensión profundamente humana que reviste un alto grado de responsabilidad del sujeto que está llamado a abrirse, y a reconocer su propia identidad desde la alteridad.

Tanto Buber como Levinas se resisten a creer en la soledad que Descartes concibe en el sujeto y mucho menos en un dualismo que convierte el hombre en un ermitaño alejado de los problemas del mundo. Pero lo más importante es que logran sacar al sujeto y crear un puente fundamental de comunicación que origina una buena dosis de sensibilidad volcada hacia el otro, como condición *sine qua non* es posible la construcción de convivencia. En ese sentido reconocen emociones²³ como el amor, la compasión, la solidaridad, la confianza e incluso emociones aprendidas²⁴ en la cultura como el servicio, el cual se desprende de la emoción del amor²⁵. Al respecto

23 Alba Ramírez, «Escritos inéditos. Cuadernos de Cautiverio», *Revista Observaciones Filosóficas* 16 (2013), consultada en noviembre 28, 2014, <http://www.observacionesfilosoficas.net/levinas-escritos-ineditos.htm>.

24 Algunos autores proponen una clasificación de las emociones en primarias o básicas y aquellas aprendidas culturalmente. Cf. Daniel Chabot y Michel Chabot, *Pedagogía emocional. Sentir para aprender. Integración de la inteligencia emocional en el aprendizaje* (México: Alfaomega, 2009), 41.

25 El amor es una de las emociones básicas o primarias que todos los seres humanos heredamos, de ella se desprende, por ejemplo, el servicio, que es una emoción aprendida en la cultura. Cf. Rafael Bisguerra, *Educación emocional y bienestar social* (Madrid: Wolters Kluwer, 2000), 96.

afirma Levinas: «En el seno de la miseria, el otro sirve ya. Se une a mí. Pero me une a él para servir»²⁶.

Esta perspectiva está en sintonía con Buber, para quien el individuo también es comunidad, pero no se pierde en ella, solo se encuentra para darle sentido, tanto a su propia existencia como a la de los otros. De esa manera la otredad es al mismo tiempo una referencia al nosotros comunicacional, en la cual se deposita la emoción de la confianza que es finalmente la que permite generar la conversación y el diálogo. El abrirse al otro significa inmediatamente que es aceptado y reconocido como alguien. Ese es el sentido que finalmente permite responder a la pregunta por el hombre: «Podremos aproximarnos a la respuesta de la pregunta “¿Qué es el Hombre?” si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo estar-dos-en-reciproca-presencia se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del uno con el otro»²⁷.

El segundo cambio paradigmático ocurre hacia los años 50 del siglo XX en el campo del lenguaje. Antes se creía que este tenía la única función de describir la realidad y ser fuente de comunicación, haciendo del individuo un observador pasivo. Sin embargo, gracias a los desarrollos realizados, especialmente desde la filosofía del lenguaje (Austin²⁸, Searle²⁹, Bruner³⁰, Wittgenstein³¹ y Echeverría³²), entre otros, se determinó que el lenguaje también es acción, tiene poder y crea mundos. Establecemos relaciones con los otros y con el entorno en un constante devenir que va creando transformaciones, no solo en los contextos socioculturales referidos a las relaciones humanas, sino también y fundamentalmente, en los conceptos heredados sobre lo que es la «verdad», el conocimiento o la ciencia. Frente a esta

26 Cf. Emanuel Levinas, *Humanismo del otro hombre* (Madrid: Siglo XXI, 2007), 226.

27 Martín Buber, *¿Qué es el hombre?* (México: Fondo de Cultura Económica, 1967), 151.

28 Cf. Jhon Austin, *Otras mentes. Ensayos filosóficos* (Madrid: Revista de Occidente, 1975).

29 Cf. Jhon Searle, *Actos de habla* (México: Cátedra, 1986).

30 Cf. Jerome Bruner, *Actos del significado. Más allá de la revolución cognitiva* (Madrid: Alianza, 1991).

31 Cf. Ludwig Wittgenstein, *Tractatus lógicus-philosophicus* (Madrid: Alianza, 1989).

32 Cf. Rafael Echeverría, *op. cit.*

última, por ejemplo, se plantea que ocurre también en el terreno del lenguaje, como quiera que es una construcción humana realizada por «expertos» con cierta autoridad que les permite validar una u otra teoría con la fuerza del poder del que están revestidos, gracias al conocimiento acumulado que les asiste³³. De esa manera las interpretaciones realizadas por los científicos, con alto poder académico, son aquellas que permiten comprender mejor un fenómeno y, a su turno, avanzar en el conocimiento, cumpliéndose así lo que Kant en su momento denominó progresividad en la ciencia. Es precisamente «esta capacidad recursiva del lenguaje humano, la base de lo que llamamos reflexión y es la base de la razón humana»³⁴, sobre la cual se edifican los consensos en el conocimiento y la ciencia, o las formas de organización sociocultural que, en todo caso, siempre están sujetos a transformaciones permanentes. Esto en razón a que la experiencia acumulada en el tiempo continuamente es resignificada gracias a la capacidad generativa del lenguaje. Lo anteriormente mencionado deviene, entonces, en la consideración según la cual el concepto de paradigma está en relación con lenguajes consensuados universalmente reconocidos, que forman creencias en ciertas comunidades académicas, tanto a nivel científico Khun³⁵, como a nivel cultural Hartman³⁶.

El tercer cambio está representado en el enorme avance que ha provocado la biología, especialmente referida al estudio sobre la manera como se comporta el cerebro humano. El planteamiento que hacen algunos biólogos intenta trasladar todos los procesos que ocurren al interior de la vida en general, a las dinámicas sociales, es decir, han venido configurando una especie de «biología social». Esta mirada considera que tradicionalmente, en la cultura occiden-

.....

33 En todo caso, toda teoría científica siempre puede ser cuestionada por muy segura que parezca. Se puede mostrar cómo cada pretensión de verdad va quebrándose por sí sola. Cf. Alan Chalmers, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (Madrid: Siglo XXI, 1984).

34 Rafael Echeverría, *op. cit.*, 32.

35 Cf. Thomas Khun, *La estructura de las revoluciones científicas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

36 Cf. Willis Hartman, *New Business of Business Taking Responsibility for a Positive Global Future* (New York: With Maya Porter, 1997).

tal, la razón ha ocupado una posición central en la explicación de la conducta y del fenómeno humano, lo cual impide ver que son precisamente las emociones las que definen el dominio de acciones en que los seres humanos se mueven, como sostiene Maturana:

Decir que la razón caracteriza a lo humano es una anteojera, y lo es porque nos deja ciegos frente a la emoción que queda desvalorizada como algo animal o como algo que niega lo racional. Es decir, al declararnos seres racionales vivimos en una cultura que desvaloriza las emociones, y no vemos el entrelazamiento cotidiano entre razón y emoción que constituye nuestro vivir humano, y no nos damos cuenta de que todo sistema racional tiene un fundamento emocional³⁷.

Es evidente que esta relación entre emoción y razón en el comportamiento de los seres humanos, de la que habla Maturana, tiene fundamentos científicos, de manera que usar el término coloquial «anteojera» no es para nada descabellado, si se tiene en cuenta que uno de los descubrimientos más reveladores de la última década del siglo XX, así lo demuestra.

Goleman³⁸, sostiene que la obra científica de Le Deux demostró que la forma como está organizado el cerebro, se presta para conceder a la amígdala un lugar estratégico, que tiene el papel de vigilar, para inmediatamente informar a la mente racional. Lo que quiere decir que los seres humanos somos, ante todo, seres emocionales (sistema límbico) y que en un proceso armonioso la información llega a la mente racional (sistema neocórtex), lugar donde se emiten los juicios a través de construcciones lingüísticas. Estos hallazgos son revolucionarios para la comprensión de cómo opera la vida emocional y racional en los seres humanos, al considerar que son precisamente las emociones las primeras que encuentran vías nerviosas para los sentimientos que evitan la neocorteza. Además de Le Deux³⁹, otra cantidad de científicos ha hecho contribuciones valiosas al respec-

37 Humberto Maturana y Gerda Verden-Zöller, *Amor y juego, fundamentos olvidados de lo humano* (Santiago: Instituto de Terapia Cognitiva, 2005), 15.

38 Cf. Daniel Goleman, *La inteligencia emocional* (Madrid: Javier Vergara Editores, 1996), 33-36.

39 Cf. Joseph Le Doux, *El cerebro emocional* (Barcelona: Ariel, 2002).

to: Damasio⁴⁰, Antunes⁴¹, Märtin y Boeck⁴², entre otros, basados en estudios de laboratorio con primates, muestran que las emociones juegan un papel fundamental en las relaciones con los semejantes y con el entorno.

Estos nuevos descubrimientos sobre la mente emocional se constituyeron en bases sólidas sobre las cuales se edificaron unas nuevas inteligencias que, de suyo, destronaron la razón como reina consuetudinaria del timón de la conducta humana. Entre ellas emerge especialmente una denominada inteligencia emocional, que entró a formar parte fundamental y decisiva en la configuración de relaciones y redefinió, de hecho, el concepto tradicional de que el hombre es solamente un animal racional.

3. La emergencia de la inteligencia emocional como nuevo horizonte de la comprensión de lo humano

En 1983 el científico norteamericano Howard Gardner⁴³, profesor de la Universidad de Harvard, después de una serie de investigaciones presentó una teoría que cambiaría para siempre el concepto tradicional de inteligencia⁴⁴, que denominó *Teoría de las inteligencias múltiples*. En general explica que los individuos dan múltiples respuestas a desafíos que enfrentan en la vida cotidiana y, para ello, emplean otro tipo de inteligencias diversificadas que involucran, entre otras, el manejo y control de las emociones, factor funda-

40 Cf. Antonio Damasio, *El error de Descartes, la emoción, la razón y el cerebro humano* (Barcelona: Grijalbo-Mondadori, 1996).

41 Cf. Celso Antunes, *Educación en las Emociones. Nuevas estrategias para el desarrollo de las inteligencias múltiples* (Buenos Aires: Ediciones San Benito, 2005).

42 Cf. Doris Märtin y Karin Boeck, *Qué es inteligencia emocional* (Madrid: Improve, 2007).

43 Cf. Howard Gardner, *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica* (Barcelona: Paidós, 2005).

44 Durante mucho tiempo se planteó que la única manera de «medir» la inteligencia de los seres humanos era a través de ciertos tipos de test que podían determinar porcentajes del cociente intelectual de cada persona. De esa manera se clasificaban, por ejemplo, a los niños entre inteligentes y no inteligentes; o entre altos, medios, bajos y demasiado bajos, dependiendo de los resultados; desconociendo otra cantidad de factores genéticos y socioculturales. Ese mito de la inteligencia, como lo denomina, poco a poco ha ido entrando en crisis, en razón de los nuevos hallazgos sobre el cerebro y otros factores multisistémicos. Cf. Miguel De Zubiría Samper, *El mito de la inteligencia y los peligros del cociente intelectual* (Bogotá: Fundación Internacional de Pedagogía Conceptual, 2006), 17-30.

mental para aprender a convivir con los otros y lograr un equilibrio personal. En este sentido, de las ocho inteligencias que propuso en su momento, dos de ellas las denominó inteligencia interpersonal e inteligencia intrapersonal.

Posteriormente Meyer y Salovey⁴⁵, recogiendo el significado y las implicaciones que revestían los hallazgos de Gardner, a propósito de estas dos inteligencias, publican un artículo denominado *Emotional Intelligence* en donde por primera vez se usa la categoría inteligencia emocional, para designar, en un primer momento, la capacidad que tienen las personas de manejar, controlar y conducir sus emociones a través de la mente racional y de esa manera generar procesos de desarrollo personal, social y educativo en armonía. De esa manera se abre una serie de campos de investigación, especialmente desde la psicología, la neurociencia y la pedagogía que influirán en la concepción de lo humano.

Pero ¿qué aportes puede ofrecer la inteligencia emocional en la construcción de un concepto de hombre más integral? Es claro que cuando se habla de los excesos de la razón nos referimos a la producción de la guerra, de la discriminación, de los totalitarismos, de las verdades inamovibles que han afectado tanto a la humanidad y que, sin duda alguna, detrás de dichos acontecimientos hay un gusto emocional por el dominio, la ambición y el control de los otros, como lo advierte Maturana: «yo pienso que la historia de la humanidad ha seguido y sigue un curso determinado por las emociones, y en particular por los deseos y preferencias»⁴⁶, que de diversas maneras contradice muchas veces los supuestos de la razón ilustrada que tanto pregonaron sus herederos, quienes se habían convertido en una especie de profetas al proponer que sería la razón, el conocimiento y la ciencia, los encargados de lograr la paz perpetua –que se imaginó

45 Jhon Meyer y Peter Salovey, «The Intelligence of Emotional Intelligence», *Intelligence* 17 (1993): 433-442, consultada en febrero 12, 2015, http://www.unh.edu/emotional_intelligence/ei%20Reprints/Elreprints%201990-1999.htm.

46 Humberto Maturana y Gerda Verden-Zöller, *op. cit.*, 35.

Kant– y superar de esa manera todos los problemas, como muy bien lo expresó Bauman, al advertir que:

En aquella nueva vida que esbozaron y decidieron crear (los ilustrados), preveían que dominar los miedos y embridar las amenazas que los ocasionaban sería una meta que, una vez alcanzada, duraría para siempre. Sin embargo, en el escenario de la modernidad líquida, la lucha contra los temores ha acabado convirtiéndose en una tarea para toda la vida, mientras que los peligros desencadenantes de todos esos miedos han pasado a ser compañeros permanentes de la vida humana⁴⁷.

De esa manera, entre otras, hay dos razones que justifican la entrada de la inteligencia emocional a los nuevos escenarios sociales, políticos y culturales en que se sumerge el hombre del siglo XXI: «En primer lugar, no es posible entender el mundo en que vivimos sin intentar integrar y comprender las emociones. En segundo lugar, las emociones son como el colesterol; es decir, buenas y malas. El problema es hallar el balance correcto entre ellas»⁴⁸ para que sirvan como catalizadores, en la construcción de nuevos discursos, que puedan llevarse a la práctica dentro de un nuevo paradigma que derrumbe, al menos, dos imaginarios que se desprenden de la visión que reduce al hombre a la mera razón: el mito de la cultura patriarcal, que postra al hombre a las condiciones del capitalismo que promueve la competencia, el egoísmo, la lucha por el poder como dominación, el consumismo y la exclusión; y el mito del objetivismo, que sostiene la idea de que, así como en las ciencias naturales hay «verdades» inamovibles, en las ciencias sociales ocurre lo mismo, lo que deviene en la anulación de toda forma de resistencia o confrontación de sistemas hegemónicos que históricamente han imperado.

Hoy igualmente se puede hacer un análisis de la geopolítica desde la inteligencia emocional. Moïsi logra hacerlo como un camino que también es posible y complementario con el ejercicio de la razón crítica (Habermas⁴⁹, Touraine⁵⁰). El punto de quiebre para este debate

47 Zygmund Bauman, *Miedo líquido* (Barcelona: Paidós, 2007), 17.

48 Domonique Moïsi, *La geopolítica de las emociones* (Bogotá: Norma, 2009), 12.

49 Cf. Jürgen Habermas, *Conciencia moral y acción comunicativa* (Madrid: Trotta, 2008).

50 Cf. Alain Touraine, *op. cit.*

lo sitúa el francés en los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 (caída de las torres gemelas). El panorama geopolítico cambió de manera significativa. Sin embargo, no le interesa una comprensión desde la política o la economía o la cultura, que evidentemente son importantes, y sobre esas dimensiones existe una cantidad de literatura publicada como fruto de sendas investigaciones y reflexiones, que sin lugar a dudas han hecho contribuciones al debate. Para Moïsi⁵¹ es posible situar el nuevo orden geopolítico a partir de tres emociones que han emergido globalmente: la emoción del Miedo, manifestado en Europa y Estados Unidos: después de 2001 estas potencias tradicionales ya no representan la supremacía política ni económica como antaño, entre otras razones por las constantes crisis económicas, como la vivida en el 2008 en Estados Unidos; y por la crisis también, tanto económica como de identidad, en que está sumergida Europa.

La emoción de la humillación, que ha emergido en la mayoría de los países árabes musulmanes de profunda tradición religiosa-patriarcal que, a juicio de Feinmann⁵², se han resistido a modernizarse y a entrar en sintonía con el paradigma occidental impuesto desde la ilustración por las potencias hegemónicas y que, en la primera década del siglo XXI, entraron en crisis con la caída de regímenes dictatoriales de más de 40 años como el de Egipto, Siria, Yemen, Libia, que se fueron desmoronando a partir de 2010. La tragedia de miles de mujeres que sienten la humillación de una cultura que insiste en renunciar a sus «tradiciones», como el uso obligatorio del velo, la práctica de la ablación, los crueles castigos de los esposos y, junto a ello, unas leyes que no consideran delito tales comportamientos.

Y la emoción de la esperanza, que ha aflorado en regiones como la China, Corea del Sur, Singapur e India, respectivamente. Como muchos expertos lo habían predicho (Stiglitz⁵³ y Sen⁵⁴), si el siglo XX

51 Cf. Domonique Moïsi, *op. cit.*, 11-55.

52 Cf. José Feinmann, *La historia desbocada. Nuevas formas de globalización* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010).

53 Cf. Joseph Stiglitz, *El precio de la desigualdad* (Bogotá: Taurus, 2012).

54 Cf. Amartya Sen, *Desarrollo y libertad* (Madrid: Taurus, 2004).

tuvo como paradigma de desarrollo y calidad de vida a los Estados Unidos con toda su ideología liberal, el siglo XXI será de los asiáticos, quienes, como ya lo sentimos globalmente, nos están invadiendo con tecnología y mercados, constituyéndose así en la «nueva esperanza»⁵⁵ para construir economías sólidas. De esa manera:

El miedo, la humillación y la esperanza pueden ser vistas como ingredientes tan naturales y vitales para el ser humano como los tres componentes de la sangre: las células rojas, las blancas y el plasma. Todos necesitamos de estos tres elementos para vivir de modo saludable. Pero la salud depende del balance adecuado entre ellos. Tener demasiado o muy poco de alguno de los tres componentes es nocivo para el balance del cuerpo, y a largo plazo, para su salud. Asimismo un balance emocional es vital para la salud del mundo⁵⁶.

De acuerdo con el recorrido realizado en esta disertación, queda abierta una consideración para seguir debatiendo con la cual, de alguna manera, iniciamos el debate y es el hecho de que para combatir lo que hemos denominado aquí «los excesos de la razón» es necesario hacer uso de la inteligencia emocional como recurso estratégico en el abordaje de los grandes y complejos problemas que enfrenta el mundo actual.

Algunas conclusiones orientadoras

Las distintas concepciones que se han construido a través de la historia sobre el hombre definido como «animal racional», gran parte heredada de la cultura griega, han sido levantadas sobre la base de que la historia necesariamente es lineal e iría de menos a más; y ese «plus» dinámico es lo que ha contribuido, según la mayoría de tradiciones teóricas, algunas trabajadas en esta reflexión, al logro de grandes desarrollos tanto científicos y tecnológicos, como

55 Con todas las críticas que puedan tener estas nuevas potencias económicas, en términos de contaminación, violación a los derechos humanos, carencia de oportunidades de participar en las decisiones públicas (problemas que también comparte con Occidente), en todo caso, los expertos coinciden en que se han convertido en modelos paradigmáticos para Occidente. Comentario del autor.

56 Domonique Moisi, *op. cit.*, 35.

socioculturales y políticos que, sin duda alguna, han dado respuesta a problemáticas humanas de gran envergadura.

Quién puede negar, por ejemplo, que los avances en la ciencia y en la técnica hayan contribuido al desarrollo de campos como la comunicación, la medicina o la ingeniería. No se puede desconocer tampoco que las sociedades han logrado avances importantes en procesos de democratización, reconocimiento de derechos humanos y respeto a la diferencia, entre otros tantos logros. Sin embargo, esa supuesta linealidad de la historia se quiebra cuando se confirma que entrados a un nuevo milenio, las guerras, las hambrunas, el choque de civilizaciones, el terrorismo tanto de estados como de grupos radicales, el calentamiento global, la corrupción y las nuevas formas de discriminación racial, religiosa o sexual, se imponen en la vida cotidiana de los seres humanos.

Lo anterior pone en cuestión el supuesto de la razón, como el motor que históricamente ha dirigido la historia, que obliga a pensar en la posibilidad de afrontar estas problemáticas desde otras perspectivas que permitan «encauzar la razón humana», desde otros frentes que tradicionalmente se han desconocido. Es claro, según las reflexiones realizadas, que la razón necesita «educarse» con inteligencia emocional para desmitificarla y comenzar a pasar del discurso racional a sentimientos como la cooperación y la solidaridad, expresiones de la emoción natural o heredada que caracteriza la especie humana, que es el amor. De esa manera los tres desarrollos, a saber, el reconocimiento del otro, el lenguaje como acción que crea y transforma mundos, y los nuevos hallazgos realizados desde la biología, al entrar en sintonía en los nuevos escenarios socioculturales determinan de manera significativa los nuevos retos en la contemporaneidad, que implican necesariamente una alta dosis de inteligencia emocional para configurar relaciones de convivencia en las sociedades actuales.

Al recuperar la dimensión emocional como parte sustancial de la condición humana, y con ello reconocer que también existe una

inteligencia emocional, se constituye en un factor relevante, no solo para una nueva redefinición del ser humano, sino para reconocer que cuando se logra la armonía entre la mente racional y la mente emocional, es posible lograr cambios significativos que devienen en procesos de transformación cultural. En este sentido, conocer que existen emociones heredadas o primarias como la ira, el amor y el miedo, que condicionan nuestros comportamientos como seres humanos, pero que también existen emociones que se pueden aprender como la confianza, la cooperación, la solidaridad, el servicio, la tolerancia, etc., resulta provechoso para lograr cambios significativos al interior de las culturas.

Las consideraciones anteriores tienen una relación directa con la ética, pero esta requiere ser resignificada para que no sea solamente un discurso bien decorado teóricamente, sino una invitación gratificante a configurar relaciones de convivencia más armoniosas entre los seres humanos. Al respecto lo que emerge es que la ética no se basa en un discurso racional, planteamiento en el que Occidente fue sumergido durante muchos siglos, sino que se fundamenta en una emoción básica: el amor, que se hace visible en el deseo libre de preocuparse por el otro, como un legítimo otro, sin el cual la condición humana pierde su esencia. Y en este sentido la ética no es, en principio, propiamente teleológica, en el sentido de que las acciones se realizan motivadas por obtener un premio o evitar un castigo; mirada alimentada por las teorías que defienden la elección racional cuando se trata de tomar decisiones, como si estas dependieran meramente de cálculos racionales. Respecto de ello, los estudios sobre el cerebro y las emociones en el comportamiento humano que se anotaron en este texto, conducen a considerar que la ética tiene un carácter autotético, es decir, es un comportamiento que tiene sus raíces en lo emocional en tanto quienes configuran relaciones que mejoran la convivencia en los grupos humanos, lo hacen, no por esperar un premio o evadir un castigo, sino porque sienten gusto y gratificación en su ejecución, y no sufrimiento al tener que cumplir algo que las normas les impone,

pero que en el fondo no produce transformaciones significativas y duraderas en el tiempo.

Es necesario reconocer que el mundo se reconfiguró, no solo a través de las nuevas razones que impulsó el capitalismo, las democracias liberales y el choque de civilizaciones, sino también a través de los estados emocionales que se han creado en los pueblos, es decir, en otras palabras, desde lo que sienten emocionalmente en su entorno. Ya no son necesariamente los grandes relatos racionales los que orientan las movilizaciones y organizaciones sociales, políticas, económicas y culturales, sino también los sentimientos contagiantes que circulan en nuevos tejidos sociales más localizados. Y esto sucede, entre otras razones, porque la emoción de la confianza se instala cada vez más como un eje articulador de la condición humana y de los modos en que las personas se organizan para reclamar sus derechos.

Bibliografía

- Antunes, Celso. *Educación en las emociones. Nuevas estrategias para el desarrollo de las inteligencias múltiples*. Buenos Aires: Ediciones San Benito, 2005.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 1999.
- Austin, Jhon. *Otras mentes. Ensayos filosóficos*. Madrid: Revista de Occidente, 1975.
- Bauman, Zygmund. *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Bisguerra, Rafael. *Educación emocional y bienestar*. Madrid: Wolters Kluwer, 2000.
- Bruner, Jerome. *Actos del significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza, 1991.
- Buber Martín. *¿Qué es el hombre?* México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- Casado, Cristina y Colomo, Ricardo. «Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la filosofía occidental». A

parte *Rei*. *Revista de Filosofía* 47 (2006): 1-9. Consultada en noviembre 25, 2014. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/casado47.pdf>.

Chabot, Daniel y Chabot Michel. *Pedagogía emocional. Sentir para aprender. Integración de la inteligencia emocional en el aprendizaje*. México: Alfaomega, 2009.

Chalmers, Alan. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Madrid: Siglo XXI, 1984.

Comte, Augusto. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Bogotá: El Buho, 1987.

Damasio, Antonio. *El error de Descartes, la emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Grijalbo-Mondadori, 1996.

_____. *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica, 2009.

De Sousa, Bonaventura. *Descolonizar el saber*. Montevideo: Trilce, 2010.

Descartes, René. *Discursos sobre el método*. Bogotá: Universales, 1991.

_____. *Meditaciones metafísicas*. Medellín: Cometa de Papel, 1997.

De Zubiría Samper, Miguel. *El mito de la inteligencia y los peligros del cociente intelectual*. Bogotá: Fundación Internacional de Pedagogía Conceptual, 2006.

Dussel, Enrique. *Hacia los orígenes de Occidente. Meditaciones semitas*. México: San Pablo, 2012.

Echeverría, Rafael. *Ontología del lenguaje*. Santiago: Dolmen, 1996.

Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Gardner, Howard. *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Barcelona: Paidós, 2005.

- George, Sabine. *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Goleman, Daniel. *La inteligencia emocional*. Madrid: Javier Vergara Editores, 1996.
- Feinmann, José. *La historia desbocada. Nuevas formas de globalización*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.
- Habermas, Jürgen. *Conciencia moral y acción comunicativa*. Madrid: Trotta, 2008.
- Hartman, Willis. *New Business of Business Taking Responsibility for a Positive Global Future*. New York: With Maya Porter, 1997.
- Hobbes, Thomas. *Tratado sobre el hombre*. Madrid: Universidad Nacional, 2008.
- Homero. *La Ilíada*. Madrid: El Libertador, 1987.
- Hume, David. *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales. Textos y Documentos*. Barcelona: Anthropos, 2004.
- Kant, Immanuel. *La paz perpetua*. México: Biblioteca Virtual Universal, 1986.
- Khun, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Le Doux, Joseph. *El cerebro emocional*. Barcelona: Ariel, 2002.
- Leibniz, Gottfried. *Discurso de metafísica*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- Levinas, Emmanuel. *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Siglo XXI. Editores, 2007.
- Märtin, Doris y Boeck, Karin. *Qué es inteligencia emocional*. Madrid: Improve, 2007.
- Maturana, Humberto y Verden-Zöller, Gerda. *Amor y juego, fundamentos olvidados de lo humano*. Santiago: Instituto de terapia cognitiva, 2005.

- Martínez, M. y Lledó, E. *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro*. Madrid: Gredos, 1988.
- Moïsi, Domonique. *La geopolítica de las emociones*. Bogotá: Norma, 2010.
- Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Buenos Aires: Losada, 2003.
- Meyer, Jhon y Salovey, Peter. «The Intelligence of Emotional intelligence». *Intelligence* 17 (1993): 433-442. Consultada en febrero 12, 2015. http://www.unh.edu/emotional_intelligence/ei%20Reprints/Elreprints%201990-1999.htm.
- Ramírez, Alba. «Escritos inéditos. Cuadernos de Cautiverio». *Revista Observaciones Filosóficas* 16 (2013). Consultada en noviembre 28, 2014. <http://www.observacionesfilosoficas.net/levinas-escritosineditos.htm>.
- Searle, Jhon. *Actos de habla*. México: Cátedra, 1986.
- Sen, Amartya. *Desarrollo y libertad*. Madrid: Taurus, 2004.
- Stiglitz, Joseph. *El precio de la desigualdad*. Bogotá: Taurus, 2012.
- Strauss, Leo y Cropsey, Joseph. *Historia de la filosofía política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Touraine, Alain. *Crítica de la Modernidad*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus lógicus-philosophicus*. Madrid: Alianza, 1989.

Enviado: 15 de diciembre de 2014
Aceptado: 5 de febrero de 2015